

dolo en un pedazo de seda, lo puso en la maleta.

El cuadro, ya vacío, parecía que contaba con mayor elocuencia que antes los innumerables suspiros que había escuchado. En cuanto al resto de la habitación, una vez quitado de ella el retrato, no tenía la menor significación, confundiéndose con otra cualquiera.

Después de haber acomodado Remigio las dos maletas, dirigió la vista á la calle para asegurarse de que nadie observaba sus preparativos de marcha, á excepción del guía : ayudando poco después á su ama á montar, la dijo en voz baja :

— Me parece, señora, que esta será la última morada en que vivamos tanto tiempo.

— La penúltima, Remigio, repuso la dama con acento grave y monótono.

— Y la otra ¿cuál será?

— El sepulcro, Remigio.

CAPÍTULO IV

En que se da cuenta de lo que hacía en Flandes monseñor Francisco de Francia, duque de Anjou y de Brabante, conde de Flandes.

Ahora es preciso que nuestros lectores nos permitan dejar al rey en el Louvre, á Enrique de Navarra en Cahors, á Chicot avanzando hacia París y á la dama de Monsoreau en camino de Flandes, donde se propone encontrar á Monseñor el duque de Anjou, últimamente nombrado duque de Brabante, y en cuyo auxilio hemos visto salir de París al gran almirante de Francia Ana Daignes, duque de Joyeuse.

Á unas ochenta leguas de París, por la parte del Norte, las armas francesas ocupaban un extenso campamento á orillas del Escalda. Era de noche, y

gran número de fogatás, formando inmenso círculo, iluminaban aquel río tan ancho en las inmediaciones de Amberes, reflejándose en la profundidad de sus aguas.

Los relinchos de los caballos franceses turbaban la habitual soledad de que gozaban los aldeanos de las comarcas vecinas en medio de sus sombríos bosques.

Desde los muros de la ciudad veían los centinelas brillar al través del fuego de los vivaques los mosquetes de los soldados franceses, relámpagos fugitivos y lejanos que la anchura del río interpuesto entre el ejército y la ciudad hacía tan inofensivos como los relámpagos de calor que iluminan el horizonte en una hermosa tarde de verano.

Aquel ejército era el del duque de Anjou; pero necesario es que digamos á nuestros lectores lo que había ido á hacer allí. Esto no les agradará mucho, á nuestro parecer, pero habrán de perdonarnos en gracia del aviso que les damos; ya que tantos otros abusan de su paciencia sin advertirles la menor cosa.

Los que han malgastado su tiempo en hojear las páginas de la *Reina Margarita* y de la *Dama de Monsoreau* conocen ya al duque de Anjou, príncipe envidioso, egoísta, ambicioso é impaciente, que habiendo nacido tan inmediato al trono, al cual parecían acercarle más y más los acontecimientos, nunca había podido resignarse á que la muerte le dejase libre el camino.

Así se le había visto desear el trono de Navarra, reinando Carlos IX, después el del mismo Carlos, y

por último, el de Francia, ocupado por su hermano Enrique, ex-rey de Polonia, que había ceñido ya dos coronas, no sin gran despecho y envidia de su hermano, que no podía alcanzar una sola.

Por un instante dirigió sus miradas y su ambición hacia la Inglaterra, gobernada á la sazón por una mujer, y á fin de sentarse en un trono pidió la mano de aquella mujer, á pesar de llamarse Isabel y llevarle veinte años de edad.

La suerte había comenzado á mostrarse propicia en esta negociación, suponiendo que fuese para él una fortuna casarse con la orgullosa hija de Enrique VIII. Aquel que durante su vida y en medio de sus encontrados pensamientos no había podido defender su propia libertad, que había visto ó hecho tal vez matar á sus favoritos La Mole y Coconnas y sacrificado cobardemente á Bussy, al más valiente de sus caballeros, y todo esto sin provecho para su propia elevación y con perjuicio de su gloria; aquel mismo á quien la fortuna había rechazado hasta entonces, se veía de repente colmado de favores por una gran reina, inaccesible poco antes á toda mirada mortal, y elevado por un pueblo á la más alta dignidad que el mismo pueblo podía conferirle.

Flandes le ofrecía una corona, y la reina Isabel de Inglaterra le había dado ya su anillo.

No tenemos la pretensión de pasar por historiadores, y si algunas veces lo somos, consiste en que casualmente la historia descende hasta la novela, ó que, como sucede con más frecuencia, la novela se eleva hasta la historia; por eso nos vemos ahora precisados á examinar la existencia

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29996

del duque de Anjou, llena, por haberse encontrado siempre próxima á alcanzar la autoridad real, de esos sucesos, ya sombríos, ya brillantes, que señalan casi exclusivamente las existencias de los reyes.

Resumamos, pues, en pocas palabras la historia de aquel príncipe.

Había visto á su hermano Enrique III apurado en la contienda que sostenía con los Guisas, y se pasó al partido de éstos; pero no tardó en conocer que el último objeto que se proponían era reemplazar á los Valois en el trono de Francia.

Entonces se separó de los Guisas, y sin embargo, ya hemos visto que esta separación tenía sus peligros, y que Salcedo, descuartizado en la plaza de Greve, probaba la importancia que la susceptibilidad de los caballeros de Lorena daba á la amistad y á la alianza del duque de Anjou.

Además de esto, hacía ya mucho tiempo que Enrique III había abierto los ojos y desterrado al duque de Alenzón, que se retiró á Amboise un año antes de los primeros acontecimientos de esta historia.

Entonces fué cuando los flamencos le abrieron los brazos. Cansados de a dominación española, diezmados por el proconsulado del duque de Alba, vendidos por la falsa paz de don Juan de Austria, que supo aprovecharse de ella para hacerse dueño de Namur y Charlemont, llamaron á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, nombrándole gobernador general de Brabante.

Permítanos el lector que dediquemos aquí algunas líneas á este nuevo personaje que tan distinguido

lugar ocupa en la historia, y que no hará más que aparecer en nuestra relación.

Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, tenía á la sazón cincuenta años, como hijo de Guillermo Nassau, llamado el Viejo, y de Juliana de Stolberg; como primo de Renato de Nassau, muerto en el sitio de Saint-Dizier y heredero de su título, educado desde su niñez en los principios más severos de la reforma, conoció desde muy temprano todo lo que valía, así como la importancia y grandeza del cargo que debía desempeñar en el mundo político.

Este cargo, que creía haber recibido del cielo, al que se mostró fiel toda su vida, y por el cual murió como un mártir, fué la fundación de la república de Holanda, que efectivamente llevó á término.

Siendo todavía joven fué llamado por Carlos V á su corte, porque este monarca, que conocía bien á los hombres, había juzgado á Guillermo, y muchas veces el anciano emperador, que sostenía entre sus manos el globo más pesado de cuantos habían descansado en hombros imperiales, consultaba al joven acerca de los puntos más delicados concernientes á la política de los Países Bajos. Veinticuatro años contaba apenas, cuando Carlos V le confió, en ausencia del famoso Filiberto Manuel de Saboya, el mando del ejército de Flandes, y él se manifestó digno de tan alta honra haciendo frente al duque de Nevers y á Coligny, dos de los más grandes capitanes de aquel tiempo, y fortificando á su presencia las plazas de Filippeville y Charlemont: el día en que abdicó Carlos V se apoyó también en Guillermo de Nassau para bajar las gradas del trono, y él fué

el encargado de llevar á Fernando la corona imperial que Carlos abandonaba voluntariamente.

Entonces subió al trono Felipe II, y á pesar de haberle recomendado Carlos V que mirase á Guillermo como á un hermano, no tardó éste en conocer que Felipe II era un príncipe que no quería tener familia. Su pensamiento volvió á fijarse en la grande idea de la libertad de la Holanda y de la emancipación de Flandes, pensamiento que tal vez hubiera permanecido eternamente encerrado en su corazón si el anciano emperador, su amigo y su padre, no hubiese abrigado el extraño capricho de vestirse el hábito de monje en vez del manto real.

Los Países Bajos, á propuesta de Guillermo, pidieron la salida de las tropas españolas, y dió principio la encarnizada lucha con España, empeñada en no soltar la presa, que pugnaba por escaparse de sus garras. Entonces asolaron aquel infortunado país, siempre arañado por la Francia ó por el imperio, el virreinato de Margarita de Austria y el sangriento proconsulado del duque de Alba; entonces se organizó aquella lucha, á la vez política y religiosa, cuyo pretexto fué la solemne protesta del palacio de Colemburgo, que pedía se aboliera la Inquisición en los Países Bajos; entonces se vió aquella procesión de cuatrocientos caballeros vestidos con la mayor sencillez, que desfilaron de dos en dos para exponer á los pies del trono de la virreina el deseo generalmente resumido en la protesta; entonces fué cuando al ver aquellos graves y modestos ciudadanos, salió de los labios de Barlaimont, uno de los consejeros de la duquesa, la palabra *pelones*, que, acogida

y aceptada de los caballeros flamencos, designó desde aquel día en los Países Bajos al partido patriota, con el cual nunca se había contado.

Desde aquel instante empezó también Guillermo á representar el papel que le valió la fama de uno de los más grandes actores políticos del mundo. Constantemente batido en aquella lucha sostenida contra el poder aterrador de Felipe II, se levantó siempre, y siempre más fuerte que antes, después de sus derrotas, organizando nuevos ejércitos, que llenaban el hueco de los que desaparecían, y presentándose á la pelea cuando menos se le esperaba, saludado por sus pueblos con el glorioso título de libertador.

En medio de aquella alternativa de triunfos morales y de derrotas físicas, si así podemos hablar, supo Guillermo en Mons el degüello de París, conocido por el nombre de jornada de San Bartolomé.

Era aquella una herida terrible que casi penetraba en el corazón de los Países Bajos, pues la Holanda y la porción de Flandes que era calvinista, perdía con tan tremendo golpe la sangre de sus más valientes y naturales aliados, los hugonotes de Francia.

Apenas recibió Guillermo tan infausta noticia, mandó tocar retirada, como acostumbrado en trances semejantes, retrocediendo desde Mons hasta las orillas del Rhin con el objeto de ponerse en expectativa de los acontecimientos. Estos se repiten á menudo cuando los hombres sostienen nobles causas, y no tardó en esparcirse la noticia de uno que nadie esperaba.

Algunos *pelones* marítimos, porque también los

había de mar, arrojados por un viento contrario hasta el puerto de Brille, viendo que absolutamente les era imposible hacerse mar afuera, fueron arribando poco á poco, é impelidos por la desesperación se apoderaron de la ciudad, en la cual se había levantado ya el cadalso para ahorcarlos.

Después de hacerse dueños de Brille, arrojaron de sus cercanías á los destacamentos españoles, y no viendo entre ellos un hombre bastante fuerte para que supiese aprovecharse de aquella conquista, debida á la casualidad, llamaron al príncipe de Orange: Guillermo acudió al punto, pues era preciso dar un gran golpe y comprometer á toda la Holanda para hacer imposible toda reconciliación con la España, y logró que se publicase un acuerdo por el cual se proscribía en Holanda el culto católico, del mismo modo que en Francia se había proscrito el protestante.

En vista de este manifiesto, comenzó de nuevo la guerra: el duque de Alba envió contra los sublevados á su mismo hijo Fernando de Toledo, que tomó las plazas de Zutxen, Nardem y Harlem; pero lejos de abatir este revés á los holandeses, pareció prestarles mayores fuerzas. Todos los pueblos se levantaron, todos corrieron á las armas desde el Zuyderzée hasta el Escalda; la España tembló un instante, llamó al duque de Alba y le dió por sucesor á don Luis de Requesens, uno de los héroes de Lepanto.

Entonces se abrió para Guillermo otra larga serie de infortunios. Ludovico y Enrique de Nassau, que llevaban refuerzos al príncipe de Orange, fueron sor-

prendidos cerca de Nimega por uno de los caudillos de don Luis, deshechos y muertos; los españoles penetraron en Holanda, pusieron sitio á Leida y saquearon á Amberes.

Todo parecía desesperado, cuando el cielo acudió segunda vez al socorro de la república naciente, pues Requesens falleció de allí á poco en Bruselas.

Reunidas ya todas las provincias por un interés común y general, redactaron y firmaron el día 8 de noviembre de 1576, es decir, cuatro días después del saqueo de Amberes, el tratado conocido bajo el título de *Paz de Gante*, por el cual se comprometían á ayudarse recíprocamente y á libertar al país de la dominación española y de cualquiera otra extranjera.

Don Juan volvió á aparecer en el teatro de la guerra, y con él la fortuna contraria á los Países Bajos, pues en menos de dos meses perdieron éstos á Namur y Charlemont.

Los flamencos, sin embargo, acogieron estos desastres nombrando al príncipe de Orange gobernador general de Brabante.

Don Juan murió también poco después, debiendo creerse que Dios se pronunciaba decididamente en favor de la libertad de los Países Bajos. Sucedióle Alejandro Farnesio, príncipe muy hábil, amable y enérgico, gran político é ilustre general: Flandes se estremeció al escuchar por la primera vez aquella melosa voz italiana que la llamaba amiga en vez de tratarla como rebelde.

Guillermo conoció también que Farnesio haría más para los intereses de España con sus promesas, que el duque de Alba con sus suplicios, y por lo tanto

ordenó que las provincias firmasen en 29 de enero de 1579 la Unión de Utrech, que fué la base fundamental del derecho público de Holanda.

Creyendo entonces el mismo príncipe que no podría ejecutar por sí solo el plan de emancipación que había sostenido durante quince años de combates, hizo proponer al duque de Anjou la soberanía de los Países Bajos, á condición de que respetaría los privilegios de los holandeses y de los flamencos, así como su libertad de conciencia.

Esta medida hirió vivamente el orgullo de Felipe II, y mandó tasar en *veinticinco mil* escudos la cabeza de Guillermo.

Los Estados reunidos en el Haya, declararon por su parte que Felipe II no tenía derecho alguno á la soberanía de los Países Bajos, y ordenaron que en lo sucesivo debía prestarse á ellos el juramento de fidelidad que hasta allí se había prestado al rey de España.

El duque de Anjou entró al fin en Bélgica, donde fué recibido por los flamencos con la desconfianza natural que les inspiraban los extranjeros. Sin embargo, el apoyo de la Francia, prometido por el príncipe francés, les era demasiado necesario para que dejasen de acogerle, á lo menos en apariencia, con satisfacción y respeto.

Con todo, la oferta de Felipe II producía sus frutos, pues en medio de las fiestas que se hicieron en honor del duque de Anjou, se disparó un pistoletazo al lado del príncipe de Orange; Guillermo vaciló, y todos creyeron que estaba herido de muerte; pero todavía tenía la Holanda necesidad de sus esfuerzos.

La bala del asesino le atravesó ambas mejillas; el hombre que disparó se llamaba Juan Jáuregui, y era precursor de Baltasar Gerard, así como Juan Chatel debía serlo de Ravallae.

Todos estos sucesos habían engendrado en el ánimo de Guillermo una sombría tristeza que raras veces cedía el puesto á una sonrisa melancólica. Los flamencos y los holandeses respetaban su dolor, como hubieran respetado el de un dios, porque conocían que solo en él podían cifrar todo su porvenir, y cuando le veían adelantarse embozado en su ancha capa, cubierto el rostro por la sombra de su casquete de fieltro, el codo apoyado en la mano izquierda y la barba en la derecha, los hombres se separaban para dejarle paso y las madres lo enseñaban á sus hijos con una especie de superstición religiosa, diciéndoles en voz baja:

— Mira, hijo mío, ese es el Taciturno.

Los flamencos, como hemos dicho, habían nombrado, á propuesta de Guillermo, á Francisco de Valois, duque de Brabante y conde de Flandes, esto es, príncipe soberano, lo cual no era obstáculo para que la reina Isabel le permitiera esperar su mano, pues por el contrario, veía en aquella alianza un medio de unir á los calvinistas de Inglaterra con los de Flandes y los de Francia; acaso halagaba á la prudente Isabel la esperanza de adquirir una triple corona.

El príncipe de Orange favorecía aparentemente al duque de Anjou cubriéndole con el manto provisional de su propia popularidad, dispuesto á privarle de él cuando llegase el tiempo oportuno de desembarazarse

del poder francés, como se había desembarazado de la tiranía española.

Aquel hipócrita aliado era más temible para el duque de Anjou que un ejército enemigo, porque paralizaba la ejecución de todos los planes que hubieran podido proporcionarle demasiado poder ó demasiada influencia en Flandes.

Cuando supo Felipe II la entrada de un príncipe francés en Bruselas, intimó al duque de Guisa que fuese á su socorro, reclamando aquel auxilio en nombre de un tratado celebrado anteriormente entre Enrique de Guisa y don Juan de Austria.

Los dos jóvenes héroes, que casi tenían la misma edad, se habían adivinado, y asociando su respectiva ambición, se comprometieron á conquistar una corona para cada uno de ellos.

Cuando después de la muerte de su temido hermano encontró Felipe II entre los papeles del joven príncipe el compromiso firmado por Enrique de Guisa, no se mostró indignado. ¿Y por qué había de inquietarle la ambición de un muerto? ¿No encerraba ya la tumba aquella espada que podía hacer bueno el tratado?

Un rey como Felipe II, que conocía la importancia que pueden tener en política dos líneas escritas en ciertas manos, no debía confiar á la colección de manuscritos autógrafos, que llamaba á los viajeros hacia el Escorial, la firma del duque de Guisa, que empezaba á gozar de un gran prestigio entre aquellos traficantes de tronos llamados los Orange, los Valois, los Hapsbourg y los Tudor.

Por esto Felipe II invitó al duque de Guisa á cum-

plir con él el tratado que había hecho con don Juan, tratado cuyo tenor era que el lorenés sostendría al español en la posesión de Flandes, al paso que el español ayudaría al lorenés para que llevase á buen término el consejo hereditario que el cardenal había infiltrado en la casa de Guisa.

Este consejo hereditario consistía en no suspender un instante el trabajo eterno que debía conducir algún día á los trabajadores á la usurpación del trono de Francia.

El de Guisa se avino á todo, pues no podía obrar de otra manera, porque Felipe II le amenazaba con que enviaría á Enrique de Francia una copia del tratado, y entonces fué cuando el español y el de Lorena desencadenaron contra el duque de Anjou, vencedor y rey en Flandes, á Salcedo, español al servicio de la casa de Lorena, con el objeto de que lo asesinasen.

Y en efecto, un asesinato era el mejor medio de que todo quedase concluido á satisfacción del español y del lorenés, pues muerto el duque de Anjou, no existirían pretendientes al trono de Flandes ni sucesor á la corona de Francia.

Quedaba aún el príncipe de Orange, pero ya sabemos que Felipe II tenía á mano otro Salcedo, que se llamaba Juan Jáuregui.

El primero de éstos fué cogido y descuartizado en la plaza de Greve antes de que pudiese poner en ejecución su proyecto: el segundo hirió gravemente al príncipe de Orange, pero éste conservó la vida para dedicarse de nuevo á la destrucción de los opresores de su país.

El duque de Anjou y Guillermo el Taciturno,

aunque buenos amigos en apariencia, eran más rivales en realidad que los mismos que querían asesinarlos.

Como hemos visto, el duque de Anjou había sido recibido con desconfianza: cierto que Bruselas le abrió sus puertas, pero Bruselas no era la Flandes ni el Brabante; de modo que, ya empleando la persuasión, ya la fuerza, comenzó á avanzar por los Países Bajos, y á conquistar plaza á plaza, su reino recalcitrante, siguiendo en esto los consejos del príncipe de Orange, que conocía la susceptibilidad flamenca, y le invitaba á comer hoja por hoja, como hubiera dicho César Borgia, la sabrosa alcachofa de Flandes.

Los flamencos por su parte no se defendían con obstinado empeño, pues estaban convencidos que el duque de Anjou los defendía victoriosamente contra los españoles; lo único que querían era ir aceptando lentamente á su libertador, pero el hecho era que lo iban aceptando.

Francisco se impacientaba y rugía como un león al ver que sólo avanzaba paso á paso.

— Estos pueblos son tímidos y reflexivos por naturaleza, le decían sus amigos; aguardad.

— Estos pueblos son traidores y variables, decía el príncipe Taciturno; atacadlos.

De aquí resultaba que el duque, á quien su amor propio natural exageraba la lentitud de los flamencos figurándose la como una derrota, comenzó á tomar con las armas las poblaciones que no se entregaban tan espontáneamente como él deseaba.

Allí era donde le esperaban, espíandose uno á

otro, su aliado el Taciturno, príncipe de Orange, y su encarnizado enemigo Felipe II de España.

Después de varios encuentros de dudoso éxito, el duque de Anjou acampó por fin delante de Amberes para forzar esta ciudad, que el duque de Alba, Requesens, don Juan de Austria y el duque de Parma habían sometido sucesivamente á su yugo, sin haber podido dominarla ni hacerla consentir en su esclavitud.

Amberes había llamado en su auxilio al duque de Anjou contra Alejandro Farnesio; pero cuando el primero quiso á su vez penetrar en Amberes, la plaza asestó contra él su artillería.

Esta es la verdadera posición en que se hallaba colocado el duque Francisco de Francia en el momento de aparecer en nuestra historia, es decir, dos días después que se le había reunido la escuadra del gran almirante Joyeuse.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO